

Creyeron los príncipes que al fin ya podían dormir con seguridad habiendo desaparecido aquellos predicadores de los derechos del pueblo; sin embargo, no aceptaron un breve tan pertinazmente solicitado, sino con reservas contra todo lo que pudiese lastimar su autoridad ó la de los obispos. Especialmente en lo relativo á los bienes de la Compañía, declararon que podían disponer de ellos á su talante, á pesar de que el papa había recomendado que fuesen empleados en obras pías. Así la debilidad daba atrevimiento para nuevos insultos.

Los filósofos que habían promovido el golpe tomaron de él pretexto para insultar á la religion como perseguidora: Catalina II, lejos de suprimir á los Jesuitas en Polonia, pidió al papa que les confirmase, y les concedió las atribuciones episcopales como á los misioneros, y le escribía en tono filósofo: « Mal se aviene el temor con el carácter de Vuestra Santidad, ni puede conciliarse su decoro con la política mundana cuando esta se opone á la religion. Si yo protejo á estos pobres religiosos perseguidos, no es por capricho, sino por seguir las inspiraciones de la razon y de la justicia, y con la esperanza de proporcionar ventajas á mis pueblos. Esta sociedad de hombres píos é inocentes vivirá en mi imperio, porque entre todas las corporaciones la suya es la que me parece mas á propósito para instruir á la juventud y á la gente tosca, inspirándoles sentimientos de virtud y de obediencia y enseñándoles los verdaderos principios de la religion cristiana. En cuanto á cábalas é intrigas clericales, nada tengo que temer; bajo mis leyes no se persigue á nadie sino por razones evidentes, y en cuanto á las maldades de que ha sido acusada la Compañía, jamas se han podido probar, y me atrevo á decir que ni Vuestra Santidad ha visto tampoco prueba ninguna de ellas. » Concluía esta carta pidiendo al papa los conservase en Rusia, diciendo que ella pensaria en contentar á las cortes hostiles, las cuales, por lo demas, no creía que por esto la hiciesen la guerra (4 de junio de 1783). Federico II rechazó la bula de supresion, declarando que queria conservar á los Jesuitas, porque eran los mejores sacerdotes y maestros que conocia. Los filósofos, sus amigos, insistian con perseverancia para que los expulsase, pero él repetía que las leyes sabrian castigar al culpado, cualquiera que fuese, sin confundir al reo con el inocente, y que no le importaba que le acusasen de tolerancia, vicio el ménos deplorable de un soberano (1). Aburrido sin embargo de su pertinacia, para librarse de ella mandó que los Jesuitas dejasen el hábito y el nombre y formasen la congregacion del instituto real de las escuelas, continuando como

dotado del heroísmo que requería su elevada posicion. *Hist. de Italia*, lib. XII, c. 4.

(1) Véase su correspondencia con d'Alembert en el tomo XVII de las obras de este, y principalmente las cartas de 7 de enero, 11 de marzo y 15 de mayo de 1774.

antes la instruccion pública. Despues su sucesor los suprimió enteramente.

Los gobiernos no examinaron si una sociedad, que como decian habia perdido toda influencia en la política y en la opinion pública, podía aun infundir espanto; ni se les ocurrió que una orden que dirigía la educacion y las conciencias, no podía ser destruida sin que su destruccion produjera un trastorno moral, y sin que quedaran desprovistos de profesor los colegios ántes de que se pensara en reemplazarlos (1). Los bienes, suficientes para personas que vivian en comunidad, vinieron á ser insuficientes para costear la instruccion seglar; por cuya razon el tesoro público, en vez de florecer, sufrió nuevo descalabro.

Los príncipes hubieron demostrado de esta manera que ningun freno reconocian á su absoluto poder de hacer y deshacer; los pueblos, que entónces comenzaban á pedir sus libertades, se persuadieron de que no podian conseguir las sino por medios ilegales y violentos. El miedo de parecer injustos hace injustos á muchos, y ha dictado hasta ahora los juicios que se han hecho sobre este acontecimiento: si fué generoso ó torpe, el lector puede ya decirlo desde luego; si fué un bien ó un mal, no se podrá decidir sino despues que se haya demostrado si fué un bien ó un mal la Revolucion (2).

CAPÍTULO XI

Turquía y Persia.

En estas complicaciones de la política llega ya la ocasion de hablar de un Estado cuya decadencia ha visto el siglo anterior y cuya destruccion verá tal vez el nuestro. El sultan Acmet III en la paz de Passarowitz habia perdido el bhanato de Temiswal, el territorio de Belgrado con gran parte de la Servia y algo de la Valaquia, y adquirido en cambio la Morea y las islas inmediatas sin dejar á los Venecianos mas que á Cerigo. Por aquellas pérdidas los musulmanes le acusaban de haber envilecido al imperio. Tambien con la Rusia tuvo guerras desgraciadas, pero Pedro el Grande, aunque victorioso, se lamentaba de haber tenido que ceder á Azof; y para recobrarlo llenaba de naves el Don, cuando le sorprendió la muerte y hubo de dejar á sus sucesores el cuidado de continuar sus empresas en Oriente. Sin embargo, las dos potencias enemigas parecian de acuerdo para aprovecharse de las turbulencias de Persia.

(1) Un grande enemigo de los Jesuitas escribía en 1815 en tono de reconvenccion: « Les hommes qu'on accense d'avoir donné le mouvement ou préparé les voies à la Révolution, n'avaient-ils pas été pour la plupart élevés dans les collèges tenus par les Jésuites? » Du Pradt, *Congrès de Vienne*.
(2) Cuando escribí primeramente este capítulo y el diez y nueve del libro quince, no se habian suscitado todavía ni los temores á esa orden suprimida, ni las consecuencias siempre excesivas del miedo, ni las persecuciones deshonestas, ni las deplorables reacciones.

La Persia comprende cuatro poblaciones diferentes. Las tribus indígenas que vagan por las montañas entre el Golfo Pérsico y la Armenia, es decir, el Kerman, el Fars, el Irak y el Curdistan, nunca han sido subyugadas, pero han sido tenidas á raya por las tribus turcas y por las de los Tártaros y Turcomanos, que son otras dos razas que conquistaron sucesivamente el país. Finalmente, las tribus árabes habitan el territorio abierto, traficando en el golfo, y no tienen de dependientes mas que el nombre.

Los Persas, sometidos á un gobierno despótico, están divididos en cuatro clases: guerreros, preponderantes por la ley mahometana; legistas, mercaderes y artesanos, y agricultores. Ocupados tranquilamente en sus trabajos, compensan los perjuicios de un gobierno femeníl y tiránico, y de señores que educados en los harems no conocen sino la embriaguez de los deleites y de la barbarie. Entre aquella genealogía embrutecida y sanguinaria, sobresalió el shah Abbas el Grande, que en cuarenta años de reinado se cubrió de gloria. La del Iran quedó un poco eclipsada á su muerte, y así como los Persas no suelen describir un siglo de decadencia, los Europeos no saben decir de él sino que fué una época de tiranía y debilidad. La última voluntad de Abbas llamó al trono á su nieto San-Mirza, que se tituló el shah Séfi, cuya coronacion se celebró sentándole sobre tantas alfombras como individuos de su casa habian reinado. Educado en el harem, bajo un aspecto blando, ocultaba un corazon feroz, y por capricho ó por miedo exterminó con fria crueldad, no solo á sus parientes sino á otros muchos. Habia mandado sacar los ojos á su propio hijo Abbas, pero arrepentido de este hecho á la hora de su muerte, un eunuco que se habia atrevido á desobedecerle se lo presentó sano, y él le proclamó su sucesor.

Abbas II habia sido educado por buenos maestros en su niñez, los cuales trataron de moderar el lujo y las costumbres y abolir el uso del vino, al cual se habia entregado excesivamente Abbas el Grande; pero quizas la severidad de sus preceptores hizo que el joven monarca aborreciese la sujecion en que habia estado, hasta tal punto que apenas pudo hacerlo impunemente, se abandonó á la crápula y á sus instintos crueles. Vivió en paz hasta la edad de treinta y seis años, tolerando las diversas sectas religiosas; pero manifestándose inhumano con los que le rodeaban, á muchos de los cuales quitó la vida, mientras con los desórdenes se acortó la suya.

Su hijo Séfi tomó el nombre de Soliman para desvanecer los siniestros agüeros que acompañaron á su primera coronacion. Cuéntanse de él atrocidades apenas creíbles aun en el despotismo oriental. Dícese que mandó quemar á todas las mujeres de su harem, las cuales por devocion se habian negado á embriagarse, y mató al eunuco que para evitarle un tardío arrepentimiento habia salvado á sus favoritas mas queridas. Mientras se embriagaba y obliga-

ba á sus ministros á imitarlo, devastaban los Usbekos todos los años el Corasan, y los Tártaros las orillas del Caspio: Ali-Kuli-khan, gran guerrero, los reprimió, pero era tan turbulento que se le tenia encerrado y solo se le ponía en libertad cuando era necesario, por lo cual se comparaba con el leon del shah, diciendo: Me encadenan cuando no sirvo, me sueltan cuando me han menester. Un dia habiendo salido á caza, por indulgencia del que tenia encargo de custodiarlo, supo la muerte de Soliman, y arrojándose sobre su custodia le mató diciendo: « Toma para que aprendas á no dejar libre al hombre que te ha dado el rey para que le guardes; » y en seguida se presentó en la corte jactándose de este rasgo de fidelidad.

Soliman, próximo á morir habia dicho: « Si queréis la paz, poned en el trono á Husein-Mirza; si queréis la gloria, coronad á Abbas-Mirza. »

Los eunucos para dominar prefirieron á Husein, débil y fanático, que solo daba los destinos á los mollahs y á los sin; los colegios de estos se hicieron asilo de asesinos, y Mollah gobernaba á la Persia á su talante, llevando su fanatismo hasta el punto de mandar arrojar todo el vino y aguas olorosas que habia en la corte y romper los vasos en que habian estado. Persiguióse á los herejes, especialmente á los sufistas, y entre tanto todo era bajeza y envilecimiento en la administracion pública. Husein no pronunció una sola sentencia de muerte, y su pereza no se desmintió en ninguna de las frecuentes sublevaciones que conmovieron su reino.

El Candahar, situado entre el país de los Mogoles y el de los Persas, estaba sujeto segun las circunstancias, ya á unos, ya á otros, lo cual significa que no obedecía á ninguno, siendo mas bien regida por los jefes que cada tribu elegía.

La principal de esta era la de los Afganes, que habitaban los montes situados entre el Indo y el Corasan, distintos por su raza de los Persas, de los Tártaros y de los Indios, é hijos, segun algunos, de los Judíos que llevó esclavos Nabucodonosor. Habiendo abrazado el islamismo, respetaban poco á un gobierno que tendia á establecer la unidad entre las diversas tribus; y vacilando entre la Persia y la India, siempre habian sido súbditos inseguros y peligrosos. Una de sus familias se sentó en el trono de Dehli. Cuando Abbas el Grande se apoderó del Candahar, las tribus de Guilge y de Abdalli se sometieron á la Persia, cuyo gobernador las oprimió y descontentó, hasta que Abbas nombró jeque de Ispahan á Sidu, de su raza, cuyos descendientes (*siduceos*) fueron venerados como sagrados y obedecidos. Sin embargo, los Afganes eran mas adictos al gobierno de Dehli que al de Ispahan; por lo cual Husein para tenerles á raya, envió á su país en calidad de gobernador á Georjin-khan Walli, esto es, al príncipe de la Georgia, acompañado de un ejército. Este los subyugó y trató como pueblo conquistado, y

Abbas.

Sefi.
1628.

Abbas II.
1642.

Solimán.
1666.

Husein.
1694.

no habiéndose dado oído á sus quejas, conspiraron. Mir-Weiss, su jefe, que habia sido enviado en rehenes á Ispahan, supo captarse la voluntad de los amigos de Georjin, pintándole como un ambicioso temible, y suplantarlo en la gracia de Husein, mientras observando la voluptuosa debilidad de aquel reino, meditaba salvar á su patria. Con este objeto hizo una peregrinacion á la Meca y obtuvo de aquellos doctores la declaracion de que era santa la guerra contra los siitas, y de que se debía destruirlos.

Por aquel tiempo Pedro el Grande envió como embajador al shah á un aventurero armenio llamado Israel Orii, con exencion de derechos por las mercancías que llevasen él y los de su séquito. Este llevó consigo un centenar de amigos para enriquecerse y enriquecerlos, y se llamaba por todas partes descendiente de los reyes de Armenia. Mir-Weiss insinuó entónces á Husein la sospecha de que la Rusia de acuerdo con Georjin trataba de apoderarse de Armenia, y de Georgia, y obtuvo un decreto por el cual se le enviaba á su patria como kаланter ó primer magistrado con el encargo especial de vigilar á Georjin. Despachado este, le ultrajó pidiéndole á su hija por esclava, y Mir despues de haber concitado contra él las iras de los Afganes, le mató con todos los suyos en medio de un festin, tomó la fortaleza Candahar y el título de jefe de los Afganes, y pensó consolidar su dominacion excitándoles á la guerra contra los herejes. De Ispahan, en vez de un ejército llegó una embajada, á la cual Mir respondió insultando la debilidad del shah y jurando por la sal, por el pan y por el Coran no deponer la espada hasta no haber lanzado de su solio á Husein y sometido la Persia. La victoria quitó á estas amenazas la nota de temerarias, y el Candahar se hizo reino independiente.

Mir-Weiss al morir dejó dos niños; el mayor de los cuales llamado Mir-Mahmud, cuando llegó á la edad de diez y ocho años, se hizo proclamar, marchó contra Ispahan, y puso sitio á esta ciudad, que contenia seiscientos mil habitantes. Ya estos, espantados por la vista de un cometa, habian tratado de aplacar la cólera del Cielo arrojando de la poblacion á las mujeres públicas y prohibiendo el vino. El terror les impidió entónces defenderse: las bellisimas casas de campo de que Abbas el Grande habia adornado los contornos de Ispahan, fueron víctima de los Bárbaros; Husein, débil hasta el fin, recorrió las calles de la hambrienta ciudad, llorando y saludando á sus súbditos; despues entregó las insignias reales al vencedor, y así concluyó la dinastía de los Sofies. Mir-Mahmud usó ferozmente de la victoria, condenó á muerte los grandes del reino, y al fin dejó el cetro y la vida en manos de Aschraf, su pariente. El fetva permitia á los Turcos esclavizar á los hijos y mujeres de los Cristianos, con tal que no les obligaran á cambiar de religion; pero mandaba que se recurriese á la violencia para hacer que los siitas renunciassen á su herejía, y que no se

recibiesen las mujeres que en ella persistiesen. Las atrocidades, por tanto, contra los Persas eran legales, siendo al mismo tiempo tan feroces como suelen serlo las que tienen su origen en guerras religiosas.

Entretanto el czar Pedro habia ocupado á Derbend, y los Turcos penetrando en la Georgia y la Armenia habian tomado á Tauris y Chirvan. La ocupacion de estas plazas estuvo á punto de causar una guerra entre la Turquía y la Rusia; pero Francia se interpuso, y las dos potencias se garantizan mutuamente la posesion de sus conquistas con promesa de extenderlas y de sostener al shah Thamaps, hijo del destronado Husein. En efecto, la Puerta haciendo la guerra al usurpador, tomó á Amadan con el sacrificio de veinte mil hombres, se apoderó de Tiflis y se prometia destruir en breve el imperio de los siitas; pero sus esperanzas se vieron frustradas, porque despues de haber perdido ciento cincuenta mil hombres, tuvo que aceptar la paz reconociendo al usurpador, si bien conservando las dos provincias conquistadas. Por su parte los Rusos poseian el Chirvan y el Guilan; los Afganes ocupaban el Corasan y casi todas las provincias meridionales, y la Georgia negaba la obediencia; de suerte que al shah no le quedaba sino la provincia de Mazanderan, donde tenia el asilo de la fortaleza de Jerabad y de las montañas.

Nadir, hijo de un pastor del Corasan, abandonando las pacíficas ocupaciones paternas, se puso al frente de una cuadrilla de bandoleros, y atacó las caravanas que iban en peregrinacion á visitar al devoto Mesched; habiéndose convertido despues la banda en ejército, cuando la patria fué invadida, acometió á los Afganes é hizo temblar á Aschraf sobre el trono, reciente del Iran. Entónces fué y ofreció sus fuerzas á Thamasp con tal que le eligiese su atemadulet. Thamasp le dió un beso en la frente, y le prometió tenerle en vez de padre, confiriéndole plena autoridad, y él se tituló Thamasp-Kuli-Kan, esto es, jefe esclavo de Thamasp; y de victoria en victoria volvió á quitar las provincias á los Afganes. El vencido Aschraf hizo asesinar á Husein, y con una pequeña banda se retiró al Candaar, hasta que habiéndole atacado los Beluchis en medio de las arenas del Sedjestan, fué degollado. Kuli-kan, despues de conducir al shah á Ispahan, ordenó á la Rusia y la Turquía que cediesen las mal adquiridas provincias. Esta intimacion llegó á Constantinopla á tiempo que el anciano Ibrahim, gran visir de Acmet III, celebraba nuevas nupcias en los jardines iluminados por millares de redomas de cristal, colocadas en el cáliz de las flores. Acmet, absorto en aquellas ostentosas distracciones, hubiera consentido, sin el temor de provocar la cólera del ulema, de los genizaros y del pueblo, los cuales le lanzaron á la guerra. Para disponerle á emprenderla sin echar mano de los inmensos tesoros ocultos, se gravaron las mercancías con un nuevo impuesto, y el

1722.

Thamaps II. 1721.

Nadir, n. 1688.

1727.

1729.

28 de setiembre de 1730.

pueblo bajo, en quien pesaba, se resignó á sobrellevarlo por ódio religioso. Aun no se habia reunido el ejército en Scútari, cuando se supo que Kuli-kan habia derrotado al sevastier, y tomado á Tauris, Amadan y toda la Georgia.

La desgracia hizo estallar el descontento; se echó en cara á Acmet la paz de Passaroviz, el no pensar mas que en mujeres, hijos, flores, pájaros, acordándose del reino solo para recibir los tesoros sacados al pueblo por el gran visir; y el traperero Patrona-Kalil, el frutero Muslu, el cafetero Emir Ali, empezaron á reunir gente, y á correr por las calles pidiendo el recemplazo del gran visir. Los genizaros, en lugar de reprimirlos, huyeron; lo mismo ejecutaron los magistrados, y Kalis, dueño de Constantinopla, abrió las cárceles, y nombró al agá de los genizaros y otros oficiales. Acmet desplegó el estandarte del Profeta y prometió treinta escudos á todo el que fuese á alistarse bajo él; pero Kalil apostó seiscientos hombres, con encargo de ahuyentar á cuantos se aproximasen á la sagrada bandera; á la multitud siempre creciente de sus sectarios se agregaron los genizaros que habian emprendido el camino de la Persia: Acmet esperó calmarlos arrojándoles los cadáveres del gran visir, del capitán-bajá su yerno, y del kiayn; pero ellos querian que se los entregasen vivos y que él dejase el puesto.

El gran señor fué, pues, en busca de su sobrino Mahmud, de edad de treinta y cuatro años, encerrado en el serrallo desde que habia sido desposeído Mustafa II, su padre, y le saludó padishah, diciéndole: « Tu padre perdió el reino por su ciega complacencia hácia el mufti; yo por farme de Ibrahim. Sírvate esto de ejemplo. » En seguida se dirigió á ocupar con sus hijos el puesto de aquel (1). En la casa de Ibrahim se encontró un capital de 32.000.000 y una caja de piedras preciosas, apreciadas en 45.000.000; ademas el tesoro del serrallo: ¡tanto podia producir aun el imperio otomano en su decadencia!

Mahmud I empezó á reinar al arbitrio de la turba sublevada, necesitando mucha fuerza, prudencia y perfidia para restablecer la tranquilidad. Quiso ver á Patrona Kalil, el cual, nuevo Masaniello, se le presentó como simple genizaro, con las piernas desnudas, é invitado á pedirle una gracia, contestó: « Me basta ver á vuestra alteza en el trono. Los que saben historia dicen, que no se permite morir en el lecho al que ha creado sultanes; en cuanto á mí, he libertado al país de sus opresores, y estoy satisfecho. » Mas insistiendo Mahmud, y jurando por el alma de sus padres que queria recompensarle, pidió se aboliesen los arriendos vitalicios introducidos en el nuevo sistema de hacienda de Ibrahim, útiles, pero odiosos al pueblo, y se accedió á su peticion. Kalil y Muslu

(1) En tiempo de Acmet III se habia visto en Constantinopla la primera imprenta.

continuaban distribuyendo las dignidades; Mahmud sufría sin quejarse, pero entretanto se rodeaba de personas de corazon, en especial de Kaplan, kan de los Tártaros, el cual alimentó los celos y el despecho que no tardaron en surgir contra un abyecto demagogo; y luego que los genizaros y el pueblo cesaron de serles adictos, Kalil y los demas jefes fueron muertos. La plebe de Constantinopla celebró su fin con fiestas, como asimismo el suplicio de seis mil rebeldes, y la condenacion de mil á galeras; en seguida se expidió un decreto de amnistía, y el pueblo volvió á sufrir, á esperar y á quedar burlado.

Entretanto Nadir Kuli-kan continuaba en Persia el curso de sus victorias; pero cuando el shah Thamasp, quejándose de que le tenian casi bajo tutela, quiso ponerse al frente del ejército, fué derrotado por los Turcos, que recobraron á Tauris y Amadan, y le obligaron á ceder la Armenia y la Georgia, fijando el rio Aras por límite de ambos imperios. De este modo los Turcos adquirian en longitud mas de doscientas leguas de territorio. Cayó entónces Thamasp en descrédito, y en igual proporcion se aumentó la gloria de Kuli-kan, el cual concibió ó bien maduró el designio de suplantarle. Desde el Candaar, otra extremidad del imperio, con un ejército de Turcomanos y Tártaros Usbekos, sometidos al general que los habia acostumbrado á la victoria, marchó sobre Ispahan, é hizo que á Thamasp sustituyera Abbas Mirza, niño de ocho meses, en cuyo nombre gobernó. El infante, cuando fué presentado á los magnates para que le rindiesen homenaje, rompió á llorar, y Kuli-kan exclamó: « ¿Ois? pide las provincias vergonzosamente cedidas á la Turquía. » Al momento marchó contra Bagdad, y le puso sitio; Osman Topal (el cojo) gran visir de la Puerta, sobrevino, y los dos ejércitos, de setenta mil guerreros cada uno, mantuvieron largo tiempo indeciso el triunfo; hasta que Kuli-kan fué vencido, y una pirámide de treinta y cinco mil cabezas celebró la victoria otomana.

La envidia del divan escaseaba á Topal el dinero; pero él lo obtuvo de las tribus árabes, y á pesar de los desiertos que formaban el baluarte de la Persia, venció nuevamente, y se negó á aceptar la paz propuesta. Mal para él, pues Kuli-kan, habiendo reanimado su ejército, volvió y mató al mismo Topal; y concluyó una paz ventajosa con la Puerta; que, amenazada por la Rusia, tuvo que ceder la Armenia y la Georgia, y reconocer al usurpador. El Guilan y el Chirvan habian sido ya cedidos por la czarina rusa, de suerte que la monarquía persa recuperó su antigua extension. Colmado de gloria Kuli-kan fué aclamado en la fiesta del Newruz libertador de la patria, y mas aun cuando se dedicó á corregir los abusos del gobierno.

Entretanto murió ó fué asesinado el niño Abbas, y el ejército, reunido en la llanura donde confluyen el Cur y el Araxes, gritó:

1731.

Abbas III. 28 de agosto. 1732.

13 de julio. 1733.

Paz de Erzerum.